

## La corrupción del periodismo

18/11/81

El periodismo del siglo XIX, a partir del momento en que cesa la lucha entre liberales y conservadores y los partidarios del progreso, de la modernidad, de la libertad se identifican con los porfiristas, se convierten en una tarea mercantil, en una empresa comercial, como ocurre, por ejemplo, con los periódicos de Reyes Spíndola.



Como estas empresas no eran rentables por falta de lectores y anuncios, el gobierno ayudaba económicamente a los dueños a través de los ministerios: de esta manera podían pagar a sus proveedores y colaboradores y obtener una satisfactoria ganancia. Esta ayuda oficial se traducía obviamente en dependencia política.

El tiempo, de Victoriano Agüeros, hizo las cuentas de lo que gastaba *El Universal* (fundado en 1888), de Reyes Spíndola, para deducir de ellas su dependencia económica del gobierno. De este periódico se tiraban 2,500 ejemplares diarios con un costo total de 96 pesos, dividido así: planta, 25 pesos; 5 resmas de papel, 60 pesos; imprenta, 5 pesos; formación, 4 pesos; corrección, 2 pesos. Si la suscripción costaba 60 centavos, perdía 45 pesos, y eso sin contar los gastos correspondientes a personal intelectual y administrativo, que eran mayores. El gobierno se hacía cargo del déficit.

A fin de cubrir las apariencias, cuenta Moisés González Navarro, los periódicos subvencionados criticaban, por ejemplo, a la secretaría de Fomento porque el tren de Veracruz salía 10 minutos tarde; a Gobernación porque en los hospitales se servían las bebidas en pocillos de asas circulares y no ovaladas; y a Hacienda porque los expedientes se cosían con cáñamo amarillo y no con seda roja.

El gobierno se servía de varios recursos para sostener a los periódicos que le eran adictos: colocar suscripciones casi forzadas de ellos en los gobiernos de los Estados. Así se hizo, por ejemplo, para favorecer a *El Universal*. Los periódicos subvencionados criticaban a la prensa de oposición porque esta deseaba que el gobierno se dedicara a todo, incluso a rehacer matrimonios rotos, a regenerar adúlteras y a reprimir ebrios. En 1893, *El Universal* confesó que el gobierno le había retirado las pequeñas cantidades con que lo

favorecía y felicitó irónicamente a la prensa de oposición porque de ese modo se despojaba de trabajo honrado a varios periodistas y la acusó de halagar a las multitudes con sus críticas a las autoridades. Poco tiempo después *El Universal* reconoció que recibía 70 mil pesos anuales del gobierno.

A mediados de 1896, añade González Navarro, se supo que el gobierno suprimiría las subvenciones a varios periódicos para refundirla en una sola de 50 mil pesos mensuales destinada a que Reyes Spíndola publicara *El Imparcial*, periódico semioficial cuyo costo sería de un centavo. En ese año desaparecieron los 2 periódicos decanos de la prensa nacional: *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*. Luis Pombo, a la sazón director y propietario del primero, trató de esconder el motivo de la muerte de su diario subvencionado al decir que la suspensión era sólo temporal y obedecía a "circunstancias particulares". Vicente García Torres, cuyo diario había mantenido celosamente la independencia, declaró que *El Monitor Republicano* desaparecería porque resultaba imposible en ese momento "la existencia del periodismo independiente en México". No faltó quien lo acusara de ser el culpable de la muerte de su periódico porque nunca se mostró generoso, ni siquiera amable con los periodistas, y porque no supo mejorarlo, a pesar de obtener 40 mil pesos anuales de ganancia. Otra poderosa razón que explica la muerte del *Siglo* y el *Monitor* fue el precio que Reyes Spíndola le puso al *Imparcial*, un centavo. Ello comprobó que el público lector, al margen de ideas políticas y creencias religiosas, compraba en primer lugar los periódicos baratos, en segundo lugar los periódicos escandalosos y en tercer y último lugar los periódicos que publicaban muñecos. *El Imparcial* mató la prensa tradicional, doctrinaria e independiente y originó la moderna, informativa y claramente dependiente del gobierno.

En 1888 aparece *El Cuarto Poder*, la tercera parte de la tetralogía de Emilio Rabasa, novela fundamental para conocer la teoría y la praxis del periodismo que se ejerce entre nosotros a partir del restablecimiento de la República en 1867. Rabasa fundó con Reyes Spíndola *El Universal* y colaboró con frecuencia en diversos periódicos. En cierto momento, el héroe, Juanito Quiñones, se reúne con sus compañeros de redacción para planear el periódico del día siguiente. Quiñones describe así la manera como trabajan él y sus cómplices: "Nos sentábamos alrededor de la ancha mesa, y las 3 plumas recorrían el

papel, con suave rumor, resbalando tranquilas, uniformes, sin las supresiones que la meditación exige, ni la agitada rapidez a que la inspiración obliga. Trabajábamos como escribientes, no como escritores; no éramos artistas sino obreros".

Uno de los redactores, al comentar cierto artículo de Juanito, le aconseja: "Muy bien; pero quite usted eso de 'hasta cierto punto', porque el Gobierno es perfecto hasta el punto de la perfección. Tampoco diga usted que casi todos los empleados cumplen exactamente con lo que la ley prescribe, porque ese casi tiene olorillo y saborete de conato de oposición vergonzante".

"Un día —describe el mismo Quiñones—, el director encargó que se le dijera algo duro al gobernador X, cuya conducta no era muy cuerda, y que por rara coincidencia no pagaba suscripciones a *La Columna*. Al oírlo, sentí un escalofrío que me hizo temblar, y pedí para mí aquella importante tarea. . . Cuando hube concluido mis compañeros tuvieron que escuchar mi lectura. El artículo llamaba a juicio al desdichado gobernador; pintaba la situación del Estado al caer en sus manos, si no enteramente buena, puesta en camino de serlo; después recorría rápidamente el primer año de su gobierno, y al llegar al segundo se detenía, examinando las leyes expedidas, los actos de los tribunales, imputándolos al mismo gobernador; enumeraba los actos atentatorios contra los ciudadanos dignos, y al fin, presentándole la Constitución a la vista, le estrechaba, le combatía, le acorralaba, hasta dejarle anonadado y confundido".

En otro capítulo, Juanito refiere cómo se obtenían los fondos necesarios para publicar un modesto y efímero periódico: "Se tiraban siempre 400 ejemplares; 100 para repartirlos en la capital a los empleados de más categoría, y los 300 restantes para remitirlos a los gobernadores de los Estados, entre los cuales había quien pagara 50 suscripciones; todo, por supuesto, a cambio de elogios, o tal vez a cambio sólo de silencio. No había suscriptores fuera de allí. Con tales productos apenas se pagaban los gastos, no obstante que el periódico era carito, y quedaba como utilidad al propietario la ayuda de gastos que Albar recibía del Ministerio".

Por supuesto que no todos los propietarios de periódicos tenían la obligación de ser como Ignacio Cumplido, ni todos los periodistas estaban forzados a comportarse como Francisco Zarco. Se sentían más próximos, en el mejor de los casos, a Reyes Spíndola y Manuel Caballero.